

LA ESCUELA QUE ANHELO

POR

NAZARIO ROBERT



LA PLATA
TALL. GRÁFICOS OLIVIERI Y DOMÍNGUEZ
Calle 4, 42 y 43
1931



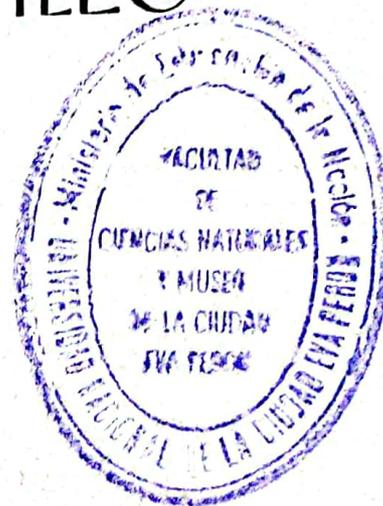
BIBLIOTECA

10 A 1003 A

LA ESCUELA QUE ANHELO

POR

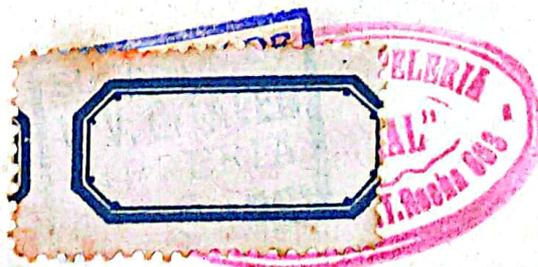
NAZARIO ROBERT



BIBLIOTECA

17610

22 DIC 1954



LA PLATA
TALL. GRÁFICOS OLIVIERI Y DOMÍNGUEZ
Calle 4, 42 y 43
1931



PROPÓSITOS

Con motivo de mi reciente regreso de Europa, he visto muchas manifestaciones de vida intensa, en aquellos pueblos milenarios que laboran a toda prisa, después de la *relache* a que obligó la guerra, relache que tuvo tendencias político-sociales peligrosas, a punto de hacernos atáxicos en la lucha por la vida, con esa indolencia de trinchera y que pretendía convertir en haraganes, en apáticos, en indiferentes, a los que sabían de lucha diaria y que por extravismo y acostumbamiento creyeron que la ametralladora, trocaba a la desgranadora y los campos de Marte, reemplazarían a los campos de Ceres para siempre y la lucha fragorosa terminó, cuando nunca debió haber comenzado.

Si los pueblos victoriosos en esa lucha quedaron pobres, calcule el lector, como habrán quedado los que perdieron, pues terminó para siempre el concepto de la guerra tal como se tuvo hasta la época moderna en que un vencido se permitió decir que todo se había perdido, menos el honor. Mientras se forjan hoy, al calor de la labor y a prisa las armas que harán más razonables a los hombres cuanto más fuertes sean, se puja allí por reconquistar el puesto perdido en la lucha económica actual y se consideran algunos pueblos cansados pero no vencidos y otros, ni lo uno ni lo otro y suponen que esa guerra ha sido un alto en el camino del progreso.

Antes de la lucha, eran en general pueblos sóbrios, ordenados, cultos, parcos en palabras, abundosos en hechos, mientras nosotros acá, en Sud América, nos hacíamos conocer solo con el nombre de *americanos*, como si fuera timbre de honor, pensar que esa confusión, por ignorancia, nos agregaba méritos. Soberano error, craso error, que debe terminar por determinar-nos a salir de esta modorra y desear que la necesidad económica, nos despierte a la vida, seamos parte de las naciones que hacen, laboran, piensan, amasando progreso sin olvidar el nacionalismo, fuente al parecer egoista, pero donde abrevan generosamente los carentes de espíritu y tengamos como aquellos pueblos que lucharon, nuestro espíritu pronto para pensar alto y sentir hondo, en favor de nuestras fronteras, nuestros principios constitucionales, nuestras costumbres, nuestra riqueza natural y todo aquello que hay de más caro para un pueblo.

No pretendo que seamos materialistas frente a tanta grandeza, a punto de no soñar en lo nuestro porque aquellos mismos pueblos que lucharon en la Europa, no olvidan su historia ni trasigen cuando se trata del padre Rhin por ejemplo, manzana de discordias seculares y sangrientas, mientras ese río no se cansa de llevar vida en forma de poesía y de trabajo.

Nosotros, más felices, que tenemos también ríos inmensos, montañas muy altas, suelo feraz, hombres buenos, seamos parcos, seamos sóbrios, seamos fuertes y labremos para los que vengan, una patria grande, noble, generosa, donde todo sea unión y apenas nos separe, si se quiere, un punto de mira diferente al apreciar las cosas de la tierra en materia política, cuando nuestros partidos se divorcien del personalismo, por-

que los hombres son accidentes en la vida de los pueblos que podrán solo sentar doctrinas muy propias por cierto, sin desviarse de una plataforma que es como carta fundamental partidista, que exige solo sacrificios de personas, cosas y bienes terrenos, para entregarse a una idea que en buen sentir y a mejor pensar, es ideología pura en favor del bienestar social.

Pensemos, que no basta tener una constitución ideal, que no basta tener leyes ideales, sinó que hace también falta, un pueblo ideal que elija hombres ideales para el gobierno y que resultan precisamente ser los que unen al idealismo, cierto grado de práctica en el manejo de la cosa pública y entiendo para que así resulte, que es menester formar al ciudadano y este se incuba en la escuela, que es la encargada de prepararlos a tales fines.

Mientras lleguen días mejores, mientras se reforme la Constitución, mientras la ley electoral se modifique algo, en el sentido de que no sea igual el voto del ignorante que el del capaz; del alfabeto, frente al analfabeto; del jefe de hogar, frente al trashumante o pária; del contribuyente, frente al que no lo es; del honesto, que hizo un credo de los tres preceptos del derecho civil romano, frente al que delinque; del que produce, frente al que consume y pensando que todo eso no es cosa baladí ni bagatela — como pensarán muchos, me cuadro, pienso y digo, franca y lealmente, que nos hace falta otra escuela argentina, donde no se enseñe con la verba hispana, buena en otras oportunidades, sinó a macha martillo, se enseñe haciendo y en cuanto a la enseñanza universitaria, se vuelva a estudiar la reforma estatutaria, porque creo que al estudiantado, se le han cercenado algunos pequeños debe-

res y se les otorgó derechos que ellos saben y les conviene exigir y porque en suma, los tiempos han cambiado y débeseles tener en cuenta desde que constituyen una fuerza ponderable como es la del intelecto. No soy impenitente.

Hagamos escuela, hagamos juventud fuerte que ame el progreso y recuerde la historia, porque nada hace salto en la vida, pero, con orden, disciplina, método, respetando a los maestros para que el alumnado sea respetado y sépase que si en los preceptos que siguen hay una apreciación errónea, corre de mi cuenta. Estoy en materia escolar, donde estuve hace tiempo, pienso como pensaba entonces y al dar a la prensa estos renglones, los dedico cariñosamente a mi joven amigo Alejandro Mouzo, quien me acompaña en la tarea de hacer modesta obrita como es el sembrar una semilla y plantar un arbolito en nuestra escuela y porque aprendí a estimarlo, en el tiempo transcurrido.

El autor.

LA ESCUELA QUE ANHELO

Si cumplieramos lo que manda la Constitución y se levantaran censos completos con perioricidad, sabríamos cuantos somos, cómo somos, lo que valemos y lo que dejamos de valer

Sabríamos a ciencia cierta, cuantas escuelas nos faltan, donde nos faltan escuelas y el número de analfabetos que moran a la sombra del oscurantismo, como en una noche larga, que es la noche del niño ignorante, que ha de ser bárbaro, en el seno que se llama y se precia de culto.

Enorme responsabilidad es para los gobiernos, si no reducen estos ciegos que caminan y si los analfabetos son muchos y no hay para más maestros, forzoso será que se aumente el número de bancos en cada aula y el maestro, se baste ora para treinta, para cuarenta y cincuenta niños, si me nester fuera, que para esto se debe sentir hondo el apostolado.

La limitación de los niños en las aulas, es propio de pueblos que viven en era de bonanza, épocas de riqueza y no sienten como en racha, una ráfaga de malestar que flota en el mundo entero.

Nuestro país exige, consultando máximas economías, que lleguemos hasta la escuela ambulante, para reducir el número

ro de analfabetos y llegue la escuela hasta los niños, a la vera de los buenos caminos.

La enseñanza primaria ha de abarcar las asignaturas básicas para toda mente en formación como la de los niños y como lo quiere la pedagogía y lo preceptúa la psico-pedagogía infantil, pero, campeará desde el comienzo, como un principio egoísta, el principio del nacionalismo que hoy se impone más que nunca y donde todo sea por nosotros y para nosotros.

Enseñemos la Aritmética barajando cantidades del sistema métrico decimal y reducción al sistema métrico decimal; operemos con cantidades de productos cosechados en el país y en la región donde está la escuela, con precios de cotización en plaza que leerán los niños e inculcarán los maestros.

Enséñese la Geometría plana, midiendo ángulos con transportador, determinense las áreas de figuras planas en el jardín, en el huerto, del terreno de la escuela, etc.; enseñe el maestro a levantar un planito, un croquis a lápiz siquiera, del campo en que está la escuela, si es rural, marcando las calles con sus anchos, diseñando una laguna si la hubiera, señalando un montículo o monte, ubicando el lugar de la escuela, como centro de donde irradia la luz y la verdad; haga a ratos, un cajoncito con sólidos, aprovechando maderitas, palos de escoba, listones, un balero o pelota, etc., etc., y haga la caja de sólidos, para no pedirla a los gobiernos, porque esto significa tener iniciativa propia y es trabajo que sabrá valorar el Inspector Seccional.

Enséñese la Geografía, empezando por la nuestra y que las clases sean, no solo un recorrido de memoria de párrafos

que no se entienden, ni un recorrido a mero puntero, sino una descripción sincera, real y al alcance de los niños, partiendo del lugar donde está la escuela, que para el niño es el lugar donde nació, y se le enseñe a llegar a un punto determinado del país, aprovechando las distintas vías fluviales, terrestres, férreas, etc., y se encare desde la infancia, el problema de los transportes, del presente y del porvenir.

Enseñese la Historia, no a base de narración puramente, ni se le enseñe a rendir único y pleito homenaje a las victorias de la espada, sino que, preocupándose el maestro y requiriendo datos, les enseñe que también han sido grandes los que alambraron los campos, refinaron las haciendas, fundaron colonias agrícolas, etc., y exportaron, los que fundaron escuelas, instituciones benéficas, los que honraron la ciencia argentina, porque todos caben en el templo de la gloria y algún día irán al panteón de los hombres ilustres de la Argentina.

Que la escuela enseñe el Idioma Nacional y se lo tenga puro y sin mezcla de esos vocablos de bajo fondo y que nacidos como al acaso, suelen llegar hasta la sala y la reunión social y que solo se acepte en nuestra tierra el acento o tonada que viene de lejanas tierras, heredado a través de los siglos, pero nada más y vaya una reprimenda al niño que hable mal porque sí y por mera gracia.

En las escuelas argentinas, quédeles prohibido a los maestros, cuando funcionen en colonias, ora israelitas, galenses, rusas, etc., que hablen los niños otro idioma que no sea el nuestro y en estas colonias esté siempre izada la bandera nacional al tope.

No debe haber escuelas páramos por más lejanas que estén y porque no hay ningún rincón en nuestra tierra que no sea capaz de llevar un árbol siquiera y sea la escuela un lugar donde el maestro enseñe a amar a la tierra que es madre nuestra y que trabajada, enseña a conquistar lo que hay de más bello en la vida: la independencia de espíritu y la económica; bella conquista y fruto que se goza en el ocaso y aún en la edad viril y que es propia de los que laboraron.

El maestro debe sentirse maestro antes de entrar los niños a clase y seguir sintiéndose tal, al terminar la labor escolar, porque el maestro en suma, debe serlo en toda hora del día.

El maestro, si se siente tal, enseñará a que aflore la verdad, que es la suprema razón del vivir y no tolerará las mentirijillas convencionales y sabrá valorar toda la crudeza que la misma encierra, a veces.

Frente a la naturaleza, hará que sus niños sean algo emotivos y despertará el espíritu de observación en ellos y si despertó, los estimulará a fin de que los niños comprendan mejor algunos de los fenómenos de aquella.

Queremos que los maestros, dándose cuenta del malestar que reina en todos los países de la tierra, producto del hombre mismo tal vez, o producto quizá del egoísmo humano, que en el afán de implantar una hegemonía, sembró vientos para recoger tempestades, se den cuenta que los pueblos son como un hogar grande, donde es menester para que reine el bienestar, que no falte nunca el orden, el método y la disciplina.

Que es una modalidad nuestra innegable, el de preciarnos un pueblo rico, muy rico, fuerte, muy fuerte, y sin embargo, la experiencia demuestra que no hay pueblos más ricos ni más fuertes que aquellos que tienen más escuelas, más campos cultivados, más fábricas que laboran, más haciendas que pacen, más bosques que se explotan, y donde nada se tira, se despilfarra y todo se aprovecha.

Es verdad innegable también que constituimos un pueblo bueno, noble y poco rencoroso, pero nada más y nos caracteriza el afán del derroche, del despilfarro, la prodigalidad y estas no son virtudes.

Queremos el maestro que enseñe a los niños que ha llegado el momento de que tengamos en las ciudades o en los campos, en el llano o en los altos, en los centros urbanos fabriles o en los riscos lejanos, un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar y que en los hogares, todo sirve y nada hay inútil.

Que en el seno de las familias, cada uno gire y actúe en la órbita de lo posible, de acuerdo a sus medios, de acuerdo a sus emolumentos o entradas, que ha llegado la hora impostergable, de que no se crean ricos los que son pobres y que los mismos niños deben vestir, aunque con pobreza, pero muy limpios y que la escuela no mira ni los apellidos ni la indumentaria.

Debemos enseñar que ha llegado el momento de pensar serenamente que es desde la escuela que radiarán enseñanzas al hogar, a punto tal que, si en éste reina orden y método los egresos están de acuerdo a los ingresos, finca y nace la

economía de cada familia y como consecuencia, aumenta la riqueza nacional.

Ha llegado el momento de que empecemos por bastarnos a nosotros mismos, dando preferencia a todo lo que es nuestro, de nosotros y para nosotros, protegiendo la industria nacional, mal que les pese a los que laboran productos similares en el extranjero y bien venido sea el día aquel, en que el niño diga: “mi escuela es la mejor del mundo”, “mi maestra es la mejor del mundo”, “nuestros ganados y cereales, los mejores del mundo”.

Ha llegado el momento que la escuela se encamine hacia rumbos tan definidos, que permitan que egresen de ellas, futuras buenas madres y se les enseñe en ella a las niñas un programa mínimo de lo esencial para la vida, sin hojarasca, sin lo accesorio, sin el adorno, pues esto queda para el hogar y en relación a cada bolsillo paterno.

Queremos que en la escuela, a las niñas guiadas por maestras, se les enseñe el programa no aprendido de memoria, sino a conciencia y no sea motivo de novedad que azora, cuando una maestra dé una clase de arte culinario, pues, es lo más humano, racional y lógico, que así sea, que así suceda.

Queremos que los maestros formen el carácter de los escolares varones, les enseñen a ser diligentes, a decir la verdad, a no mentir, a ser obedientes, a ser disciplinados y algo prácticos, a que discernan a fin de que puedan distinguir en todo conocimiento, todo lo que es útil o principal de lo que es superfluo o accesorio y fomentará el maestro en lo

posible, el espíritu del ahorro, indicándoles que los pueblos que ahorran, son pueblos fuertes.

Los maestros indicarán a los niños, que así como hay que ponerle al mal tiempo buena cara, deben ayudar voluntarios a sus padres en las tareas domésticas y que nada debe desperdiciarse, pues no hay nada absolutamente inútil.

Queremos la escuela con una planta en flor mientras dura la clase, porque las flores suavizan esperezas de espíritu, si se ha comido bien, y así como hace mejores a los buenos, amansa los mediocres.

Los maestros enseñarán primero todo aquello que dá vida a la región: los cereales, si es zona cerealera; el ganado si es ganadera; algunas industrias si es industrial; forestal, si la región es boscosa, etc., pensando egoistamente que esos niños se han de quedar allí e irán mejor armados a la lucha por la vida.

El maestro, nó llenará las aulas con mapas, ilustraciones, etc., extranjeras, compradas o enviadas por las autoridades escolares, sinó que hará sus ilustraciones con material propio de la región y todo expuesto con la mayor economía, por ejemplo: con plantas útiles y perjudiciales de la región, que se secan bien y pegan en cartones (herbarios); con minerales, si la zona es minera; con plagas diversas, con insectos útiles o dañosos y esto sin mentir, es decir, exponiendo trabajos hechos por los niños y no haciendo figurar como tales a cosas adquiridas, trabajos que harán los niños de grados superiores, vigilados por el maestro muy de cerca, para que no se mistifique.

Al real inspector de escuelas, a un hombre de experiencia, lo mejor que le pueden presentar, es un trabajo imperfecto, pero hecho por un niño de buena voluntad.

Es de pueblos concientes de su misión, reducir el analfabetismo a la mínima expresión: para ello, la escuela.

Al lado de las universidades, formadoras de cerebros bien disciplinados y donde campea el conocimiento superior, necesitan urgentemente, muchas escuelas de agricultura y ganadería, a manera de granjas oficiales, pero, al mismo tiempo, es hora de fundar escuelas de artes y oficios.

El país necesita que en la enseñanza primaria, se inculque a los niños el amor por el trabajo rural, para que así, vueltos hombres y tal vez formando legión, se dediquen a las faenas del campo y no haya la indiferencia notable hoy, por todo aquello que dice de la agricultura, fuente de riqueza presente y augur de mejor porvenir.

En todas las escuelas del país y sobre todo en las rurales, debemos enseñar al niño en forma inductiva, plástica y con el mismo o mayor interés que otras asignaturas de fondo, rudimentos de historia natural aplicada y sea un hecho la creación del huerto escolar como lugar de recreo, antro de trabajo y centro de muchas enseñanzas.

Muchos niños llevarán del huerto escolar, a manera de conocimientos básicos, hermosas verdades que destruirán rutinas encarnadas tradicionalmente en el hogar paterno. Para esto, que los maestros enseñen y no crean que enseñan.

Con esa escuela rural, amando los niños a la tierra, no se restará juventud, ni se sentirán las nostalgias de las ciudades

Necesitamos sencillamente, una enseñanza más práctica y más rápida, porque vivimos más ligero y el progreso crea más necesidades y es deber de los gobiernos y los padres, armar pronto a los niños para afrontar la lucha por la vida.

Debemos discernir y distribuyendo justicia al mérito, merecerá bien de nosotros, todo aquel hombre que con el bisturí, con el microscópio, con el pensamiento, con el trabajo meditado, descubra una verdad y si es joven, en lugar de ser motejado, sea estimulado y no nos sea tan fácil y tan cómodo *criticar* sin hacer.

Esa es la escuela que honra y no denigra y que vá siempre en procura de la verdad, que nos hace falta.

Necesitamos con urgencia maestros rurales, que siendo hombres de hogar, en la plenitud de la vida, desarrollen y enseñen programas mínimos, donde las asignaturas, en la escuela primaria, sean divididas en útiles y accesorias; pero, queremos el maestro cuya acción no termine donde concluye la escuela y acaban las horas de clase.

Necesitamos el maestro para que forme espíritu varonil en los niños, para que forme el carácter ciudadano, cuya carencia se hace sentir a cada instante, por que el carácter no se forma en el club, sinó en la escuela.

Necesitamos el maestro rural que amando la campaña y radicándose en ella y radicando en ella sus intereses, porque el maestro puede y debe tenerlos, trate de que la juventud que se educa en la escuela primaria, no se reste del campo.

Queremos el maestro que sea capaz de inculcar a los niños el amor al trabajo y el respeto a los que trabajan.

Cada maestro haciendo obra intensiva y extensiva, celoso de sus funciones de *guía de juventud*, instalará en su escuela un pequeño *museo escolar*, donde los niños, palpando la verdad, sepan gozarla. Cuantas escuelas son un páramo y cuantas hay donde no campea una idea y un sentimiento.

El niño que alcance una verdad, la llevará al seno del hogar y allá destruirá espíritu rutinario, donde se hace por hacer, porque otros hacen o porque algo deben hacer; pero, sin saber porqué se hace. Ese día habrá escuela. Que no tarde.

Queremos que el maestro haga sentir emotividad al niño, frente a la naturaleza despierta.

Necesitamos el maestro que respetando reglamentos y programas, en su fondo — sepa enseñar haciendo caso omiso del reloj y del horario, porque quien le sigue a pié juntillas, dista mucho, a veces, de ser maestro.

Necesitamos que el maestro en la campaña, intíme con los niños, hasta donde lo aconseja la discreción y el respeto que él se merece y lleve hasta el seno los hogares, una idea

y un consejo, sobre todo a los hogares pobres en recursos y más pobres en ideas.

Ese maestro es el que hace falta con urgencia. Venga enhorabuena y destínesele al campo.

No queremos el que infunda teorías abstractas, inconducentes y que haga divagar; como queremos menos al que forme niños retraídos y fríos, excesivamente calculadores, capaces de posponer ideales levantados a intereses casi mezquinos.

Así honraremos a nuestros mayores, seremos dignos de ellos y los que vengan, dignos de nosotros.

Ningún maestro, en mi pensar, debe por motivo alguno, frente a los escolares, ser pesimista, cuando tenemos ejemplos que nos dicen de la vitalidad de nuestra tierra y si circunstancias varias pueden producir mala racha económica, ellos, los maestros y con ellos los niños, alta la visera, con la mirada puesta en el porvenir, amando el trabajo y armados de constancia, harán más grande el país. El maestro que así no piense, que así no haga, es pesimista, es retrógrado, es factor negativo, no es maestro y no debe enseñar. Está demás.

Pienso que no por tener inscripción suficiente, la escuela rural sobre todo, cerrará sus puertas a cinco, seis o diez niños más, so pretexto de no tener aulas o no tener algún banco, etc., para ubicarlos. ¡Nó! El maestro pensará que tiene medios para tenerlos como oyentes, porque las escuelas rurales están distantes entre sí y los niños no pueden ni

deben ambular. Esto lo hará, por cierto, con la correspondiente autorización.

Hace muchos años que lo repito: cada capital de provincia tendrá escuela de artes y oficios, porque en nuestro país faltan artesanos y sobran los titulados, a punto de que tenemos universidades suficientes como para fin de este siglo. No más universidades y sí más escuelas de artes y oficios, pero entendiéndose bien, que cuando la escuela de artes y oficios no responda por mala dirección, a esta se la cambiará, pero la escuela subsistirá. En nosotros, confesémoslo, las supresiones en presupuesto, el cambio de leyenda, etc., son un medio de suprimir directores, suprimiendo instituciones.

La escuela debe inculcar a los niños que sepan hacer algo con sus brazos, para que no se recurra así como así al artesano para todo y por todo, pues, de no hacerlo, no hay presupuesto que alcance en los hogares desde que todo habrá que pagarlo.

Si queremos que dentro de algunas décadas, nuestro país cambie fundamentalmente, hagamos otro país a base de otra escuela, con otros conceptos, con otras miras, amoldando al niño, hombre de ese mañana.

Necesitamos enseñar Instrucción Cívica y practicar el civismo, no a base de gritos en las plazas, sino diciendo y practicando la verdad, no amenguando el pensamiento y rindiendo culto a la libertad y estableciendo distingos entre el ser libre y el libertario, entre el democrático y el demagogo y para esto, la escuela, el maestro, más nó la maestra.

En esta tierra, como en toda otra tierra, sepan los niños escolares que se debe laborar y que laborar en la alborada de la vida como axioma, como lema, es propio de todo ser humano y que merece vivir el que sabe trabajar y sabe sentir, nó como máquina pasiva, sino movida por un ideal que haciendo de maquinista, radica en el cerebro y dirige los actos humanos.

No quiero que se piense que el niño ha de robarle a su vida, ratos de solaz, ratos de sueño para darlos al trabajo, porque para todo hay tiempo durante el día y quisiera que llegue la hora que hasta para el niño de la más lejana escuela del más lejano territorio, les llegue también un juguete, a ellos que los conocerán tal vez de nombre.

Sepan los niños escolares de mi tierra, que ellos, comparados a otros de otros países, como de Europa, por ejemplo — viven en la abundancia y que si aquí tenemos poco, aquellos tienen menos, mucho menos y la vida es más difícil y más cara, como lo comprobó el autor de estos renglones. Conformémosnos, sin regocijarnos, porque el mal de muchos es sólo consuelo de tontos.

Mucho me temo que este año, sin exportarse cereales, etc., como acontece en la fecha, compren los logreros la cosecha nuestra a vil precio y hagan su agosto muchos buitres, a costa de dolor, sufrimientos y trabajo ajeno y quiero que los niños de grados superiores, puedan decir a los padres, que hoy y siempre sepan guardar el fruto del trabajo, como norma y sistema invariable de vida diaria y que sea la escuela quien enseñe y diga de economía y previsión.

Pienso que es en la escuela que debemos enseñar todo lo que dice de nacionalismo, que nacionalismo es conservar

nuestras fuentes petrolíferas, nuestras riquezas en bosques, nuestra fauna, etc., y que nunca llegue el día que se arriende a perpetuidad, lo que nos debe ser bien querido.

Formemos en la escuela, ese espíritu de empresa y que llegue el día en que nos pensemos y sintamos capaces de manejar y administrar un ferrocarril nuestro, un organismo complejo del estado para el estado. Nos hace falta eso, confesémoslo.

Es en la escuela que debemos enseñar a los niños, que siendo nuestro país centro exportador, con balanza comercial a favor durante varios años, no se exporta hoy a países que nos compraban y que nos queda un stock de mercadería noble o materia prima y que es oportuno pagar con la misma moneda, es decir, no importar de esos países o poco menos, comprando solo a quien nos compre, recordando también que si no vendemos y compramos, no entra dinero y el que sale para pago de lo comprado, se hace con cambios desfavorables.

Es en la escuela que debemos enseñar que la evolución económica de los países, debe producirse sin saltos, y que a la época pastoril sigue la agraria y a esta la industrial o de elaboración de materia prima y que sufren quebranto los pueblos que sin transición elaboran e industrializan mucho de la noche a la mañana, como nos aconteció en el período de guerra europea (años 1914 al 1918) donde entraban millonadas en concepto de productos de frigorífico, ganadería, cereales a granel, productos de lechería, metales, cueros industrializados y mil cosas más. El mal de los europeos, era para bien nuestro, pero, nos dejó estas secuelas. Todo el mundo tenía pesitos. Fuera de toda duda, se iniciaron industrias que hoy pasan por un mal cuarto de hora.

Pienso que nuestra escuela debe enseñar a no abusar del automóvil, que los tengan los que pueden y mediten los pobres de recursos, que aparentan ser pudientes, que así como vale más a veces, *la salsa que le pasta*, cuesta más la conservación mensual del coche, que el coche mismo, a la larga o a la corta. Es una gotera diaria y cuantas millonadas han salido del país, pretextando facilidades de compra en la forma y que son dificultades en el fondo.

Pienso que es en la escuela donde debemos enseñar a no abusar de esos créditos que el comercio proclama y facilita a gritos, pues, en el fondo, el valor real de la cosa, si bien nos permite el uso de la misma lo es a precio muy subido y se llena la plaza de papeles que van y vienen.

Queremos que se instalen las escuelas donde realmente sean necesarias, sin intervención del factor política; que el maestro sea el más capaz, sin intervención del factor política y que el escalafón, que un día vendrá, sea un hecho.

Queremos, que si se instalan escuelas Lainez en territorios provinciales, lo sean alejaditas unas de otras, para que sean más eficientes y la instrucción más extensiva.

Deseamos que si algún multimillonario hace un legado para un instituto especial o una universidad y le crea recursos propios para que no gravite sobre el erario, — ¿llegará ese día? — pueda funcionar esta alejada de las actuales.

Debemos crear la bolsa de estudio, para que los jóvenes argentinos estudiosos y serios, puedan perfeccionar sus estudios en el extranjero bajo la mirada de nuestros diplomá-

ticos acreditados o cuerpo consular respectivo, quienes vigilarán las calificaciones y si no responden, retornarán al país de inmediato.

Es menester que si las sociedades de fomento cooperadoras escolares, siguen instalándose, no se instituya formalmente la "gota de leche" porque exige, no mayor capital pero sí más trabajo, por requerirlo el lavaje de envases, tarros, asepsia, etc., de la leche. A igualdad de capital, a igualdad de esfuerzo, dá más resultado un pan fresco que se distribuye más fácilmente. Venga entonces la "miga de pan". Además, está probado, que un pan dá más calórias que su mismo peso de leche, ni más ni menos, máxime si está aguada.

Debemos enseñar a nuestros niños a cantar nuestro himno nacional y no dejar ese canto solo para 25 de Mayo y 9 de Julio. Imitemos a otros pueblos donde hombres y mujeres jóvenes y ancianos, cantan la canción de la patria, que conocen bien y de memoria. Nosotros no hacemos eso a punto deseado.

Venga el ahorro postal, que se fomente siempre y que todo niño sepa que cuidando los centavos, tendrá en su mayoría de edad, algunos pesos que si no constituyen la vida, ayudan a vivir y facilitarán la independendencia.

Nuestra agricultura tiene inconvenientes, pues los cultivos sufren ataques de plagas y nada mejor que los maestros digan a los niños, que por leyes especiales está dispuesta su destrucción. El niño, pues, es el intermediario entre el chacarero, granjero, quintero, etc., y la ley. La Defensa Agrícola, es institución buena y a veces son los instituyendos los malos. Tengo entendido que una sola campaña contra el bicho de

cesto dió resultado y si en algún punto hubo desidia en quemar los cestos recogidos, fué por el deseo de exhibir vistas fotográficas y claro está, se desarrollaron en los cestos, hiperparásitos (aracneidos) y produjeron desazones, picazonas. Es justo castigo a la manía de las fotos, que nos caracteriza. El niño debe combatir y enseñar a combatir esas plagas y las autoridades que pongan trabas, son antipatrióticas. Un caso accidental y de incuria, no debe preocuparnos.

Pensemos que tenemos escuelas muy lejanas en plenos territorios nacionales y a ellas llevemos nuestra pujanza; que no sean como la cenicienta del cuento y de serlas, que les llegue un príncipe en forma de maestro, de ciudadano, de hombre, que les enseñe mucho bueno, máxime en las fronteras, donde cada niño nuestro, sea como un hito y les llegue a ellos, pobrecitos, que calzan ojotas, se tapan con un ponchito al ombligo y se cubren con un alón de lana, si se cubren, alguna prenda de vestir de lana, en el país de la lana y algún juguete para navidad. Ellos necesitan más que los que viven rodeados de jugueterías y puedan también aquellos, escuchar la radio como medio cultural.

Conozco las escuelas de territorios, sé de las dificultades con que se tropieza, que son muchas, pero así y todo, es menester que fomentemos la instalación de pequeñas bibliotecas, a base de pocos, pero buenos libros de lectura, para entregarlos por turno a los niños, pero eso sí, libros de nuestra bibliografía argentina, sobre todo.

En aquellas escuelas lejanas, el maestro no debe ser sabihondo, pero sí, tener algún conocimiento, por manera que sabrá de primeros auxilios en caso de niños enfermos, porque no hay médico a mano. Un botiquín escolar se impone y hace

años pienso en esa necesidad. Si hay médico, es en la capital de territorios y en algunas cabezas de departamento.

Necesitamos que se formen clubs escolares, que protejan todo lo bueno y que aunados con el espíritu de cuerpo, hagan excursiones para ver fábricas, industrias, cultivos, etc., y hagan el "camping" como los anglosajones, pues eso instruye y tonifica. Pero, entendido que al hacer las excursiones, oirán los niños las clases que les dé el encargado de la fábrica, etc.

Ha llegado el momento que nuestra escuela común, instale un aparato de radio para cultura de los escolares donde se escuche a ratos, buena música sinfónica, que educa; buena ópera, que educa; buenas piezas de teatro que instruyen y no se sintonice, cuando sea música de arrabal, que servirá para el folklore, pero no para enseñar mayormente.

Es la escuela la que enseñará a nuestros niños, que nuestros productos deben ser consumidos; que amparar la producción nacional, es servir a la patria, que debemos reducir al máximo el producto extranjero y el maestro que eso haga, habrá cumplido con su deber.

Es en la escuela donde deberá el niño empezar a formar el espíritu práctico, que diga más tarde de jóvenes y hombres también prácticos, sin ser precisamente materialistas.

Como no tenemos difundidas escuelas de afásicos, retardados, etc., y como pienso que uno o dos niños en una clase, no deben perjudicar al resto en su aprendizaje, creo que en

las cabezas de distrito, por lo menos, deben reunirse los niños así tarados, formando un grado y poniendo un maestro especial que los dirija.

Si hemos de considerar la escuela como templo donde se forma y forja el caracer nacional, en un país cosmopolita como el nuestro, con tendencia a concurrir y permanecer los habitantes en los grandes centros de población, que son centros de consumo y producen un desequilibrio económico con su natural consecuencia, la desocupación, convengamos que la educación común, debiera estar más dotada de maestros varones, sobre todo en los grados superiores.

Ha sido común observar que el maestro *varón* consideró la vida escolar, casi siempre, como un puente de pasaje, al logro de nobles aspiraciones, sin duda, como es la obtención de un título universitario, para abandonar las aulas luego, con recuerdos gratos si se quiere, pero sin vocación.

Pienso qué, suprimidos como están los castigos corporales en la enseñanza toda y en la primaria con más razón, debemos alentar y premiar a los mejores niños y más buenos alumnos que se distinguan por su aplicación y destaquen por su asistencia y comportamiento y quiero hasta el cuadro de honor, sin mira a la posición ni apellidos, que eso es de justicia.

Si no se hace hoy, debemos instituirlo mañana.

Tenemos muchos analfabetos y si no sabemos cuantos son en el país, porque carecemos de censo que no se hizo, aunque se derrochó plata a granel, palpítamos una cifra

grande que no es a ojo de buen cubero calcular demográficamente.

Venga enhorabuena la enseñanza para los conscriptos en todas las regiones militares del país, porque ellos, vueltos alfabetos al hogar, serán hombres más concientes.

Pienso que pido mucho en materia escolar, pero no lo pido en poco tiempo, porque fuera como exigirle peras al olmo y si viene esta nueva escuela, venga enhorabuena y de a poco, pero venga, como medio de evolución, más nunca como revolución escolar.

Interín y mientras llegue este amanecer para la enseñanza primaria del país todo, hagamos votos para que cambie de fondo la enseñanza universitaria que se ha dejado poco menos que en manos de jóvenes sin experiencia, para quienes los deberes son un mito y los derechos una exigencia.

Creo que es tiempo de volver sobre los pasos dados en materia institucional, apañados por un gobierno nacido de una expansión ciudadana que surgió de un cuarto oscuro, que seguirá oscuro mientras el que penetra en él, no tenga una luz en la conciencia y viva en una larga noche de ignorancia.

Firmemente creo que fué un motivo político que quiso quitar el manejo de la enseñanza a hombres apegados a la tradición, lo más valedero de nuestra nacionalidad, por merito propio, para que medraran los arribistas, so pretexto de modificar estatutos, mal llamados arcáicos, como si la universidad no hubiera salido del trivium y cuadrivium, hacía rato. Debemos volver sobre los pasos, operar en frío o en

caliente, pero operar, porque de otro modo, la escuela superior, estará en manos de los menos y más osados.

No olvidemos que el derecho nace después del deber cumplido y esto nos exige pensar seriamente en que las instituciones son para los estudiantes, pero nó de los estudiantes.

Pienso que es hora que nuestra campaña, nuestro país todo, tenga edificio escolar propio y en los pueblos a formarse, se deje buena reserva de solares con ese fin.

Es un contrasentido, una aberración, que en plena campaña, en un país como el nuestro, donde lo que más sobra es tierra, muchas escuelas rurales no tengan espacio y los alambrados den a la vera del edificio escolar y si se ven otros con espacio suficiente, está inculto el terreno y no hay un árbol siquiera. El niño debe tener patio para jugar, pero también sombra de qué disfrutar.

Piense el maestro que los árabes decían que todo ser en la vida debe plantar un árbol, que es como plantar una tienda en el desierto, hacer un libro y tener un hijo; pero, si esto no es conveniente porque somos muchos los que hacemos malos libros y se pierde mucho tiempo en leer los malos, enseñemos a los niños, que planten un árbol y por el libro que no hagan, planten otro.

El problema del edificio escolar rural es sencillo y será una casona fuerte, seca, holgada, no lujosa pero cómoda, aulas grandes, bien ventilada, bien iluminada, bien orientada, mucha y buena agua potable, sin contaminación, galería para reparo, dependencias, algunos arbolitos que darán sombra para

proteger a los niños y hasta los petizos, caballo y sulky, que llevan los escolares a ella. Nada más, pero nada menos.

Claro está que la escuela urbana destinada a alojar más niños y servir como exponente de edilidad, obedecerá a un plan arquitectónico adecuado, desde que se consultan diversos factores.

Anhelo que en la cabecera de distritos escolares haya una manzana cercada, destinada a plaza de ejercicios físicos para solaz y recreo de todos los niños, por turno, donde se cantará el himno pátrio y jurarán la bandera los escolares.

Anhelo llegue el momento que cada escuela tenga un termómetro, un barómetro metálico sencillo y un higrómetro, para que los niños se acostumbren a interpretar datos que dicen del clima. Ese día que puede estar cercano, porque eso no cuesta mayormente, será un gran día.

El maestro, frente a niños que son buenos escolares y que una enfermedad debilitó, frente a niños raquíticos, en la campaña, dirá, a los padres que es preferible alimentarlos bien, nutrirlos, no hacerlos estudiar, pues es mejor un burro sano que un sabio enfermo.

Quiero el mejoramiento económico del maestro, porque entiendo que no hay dinero que pague la humanización del animalito adorable que es la criatura, al pisar los umbrales de la escuela.

Perdamos de una vez para siempre esa modalidad por la cual, llevados a una función de gobierno, renovamos, quitamos, suprimimos, creamos y deshacemos lo anteriormente hecho. Debemos comenzar por estar convencidos de la necesidad de la renovación, creación, etc., pues de lo contrario, se pierde tiempo y dinero, máxime en planes de enseñanzas, porque cunde la desmoralización.

Creo que los niños de mi país, tienen una facilidad suma para aprender, están dotados de inteligencia y no quedan a la zaga de otros de los mejores países y estas preciosas facultades deben ser bien aprovechadas.

Enseñen los maestros y maestras a los niños y las niñas que lo que más debe cuidarse en la casa, en los hogares, es la cocina, porque es en esa sección casera donde se verifican las filtraciones y se descalabran los presupuestos y que el concepto de la verdadera economía, que no significa tacañería, se tendrá no restando al loro el pan mojado en leche, cómo en el cuentito, sino a fondo y en todos los renglones.

Emprendidas obras de vialidad, que emplearan muchos braceros a jornal reducido, que les permita vivir esperando tiempos mejores, expliquen los maestros a sus niños que todo lo esperamos de la acción oficial y no prestamos decidida ayuda por conservar lo hecho y que encojiéndonos de hombro sabemos pensar y decir que *lo que no se vá a vender se empeña*. Así no vamos a parte alguna.

Si se descongestionan los grandes centros de población, si se verifica una migración interna equilibradora hacia las tierras fiscales primero, y se expropia luego el latifundio, no a precio de especulación, que pasó o debe pasar, fúndense co-

lonias con hombres de hogar, elemento nacional acordándoseles un préstamo a largo plazo e interés reducido, a los que se les hará dueño de la propiedad y veremos aflorar la granja en día cercano, donde el maestro no sea como quinta rueda de un carro, sino elemento de consejo.

El crédito interno en nuestro país está mal estudiado y peor aplicado y si queremos ver progresar las campañas, seamos más generosos, más liberales con el campesino que produce. Las instituciones bancarias conocen esto, y las escuelas fomentando el ahorro escolar postal, etc., serían como una piedra angular donde se basará el bienestar futuro.

Si queremos menos analfabetos tenemos el remedio a mano — Ayudemos a los gobiernos, ayudemos a los maestros, y ayudemos a nuestros niños, enseñándole lo poco que sabemos y a ratos — Así hacen en Europa los padres, los abuelos, para matar el tedio y ser eficientes. — Por lo demás, la tarea debe resultarnos grata.

Nuestros niños conocen mal la geografía argentina, no saben de la hermosura de sus valles, de sus montañas muy altas, de sus cataratas gigantescas que algún día serán luz y fuerza, de las bellezas sin par de nuestro país, de su variado folklore y los escolares no irán a tierra extraña, sin antes gozar tanto panorama. Fomentar el paseo, el turismo, que nos haga conocer lo nuestro, es hacer escuela y fomentar la economía nacional.

Lean los maestros en clase de lectura libre, trozos escogidos de literatura nuestra, donde se canta a tanta belleza, tanta grandeza, para que los niños, cuyos padres son pudientes hagan un viajecito de turismo y así hagan camping o campo, se tonifiquen, gocen de playas hermosas, vean y se impresionen y de reflejo,

los pesitos invertidos, quedarán en casa y no olvidemos que muchos extranjeros inteligentes se ríen a mandíbula batiente cuando vamos en procura de emotividad y hermosuras, a casa ajena. Empecemos por dar valor a lo nuestro, para nosotros y por nosotros, fomentando el turismo de extranjeros y nacionales y creando alguna comodidad más en los lugares elegidos.

En nuestro país, hay motivo para todos los deportes imaginables, tenemos inmensa variedad de aguas medicinales y no sabemos explotar tanta riqueza, desde el andinismo nuestro (alpinismo de otros) hasta la crenoterapia (cura de aguas).

Es tiempo que en ciudades y pueblos, no se vea ese emjambre de chicos y grandes que a toda hora y en plena calle, dificultan el tráfico, exponiéndose. Para esto, las plazas de ejercicios físicos, pues el movimiento es la ley de la vida para la juventud.

Nazario Robert.

La Plata, Enero de 1931.



BIBLIOTECA

17610

22 DIC 1954

